

Reginald Close

La literatura inglesa actual (1)



COMO base de discusión, en la cual escucharé gustosamente las ideas inéditas sobre la posibilidad de hacer la literatura inglesa moderna más conocida a los intelectuales y a los lectores en general en Chile, esbozaré, forzosamente, muy inadecuadas, las principales tendencias en las letras inglesas de la época actual. Limitaré mis observaciones a la literatura del siglo XX y a las obras que tuvieran interés universal.

Lo que os daré, a propósito, será enteramente una interpretación personal.

El factor trascendental en la literatura del siglo XX es la conciencia de parte de los escritores de profundos cambios en el mundo en que viven—cambios de naturaleza moral, social, política, que están produ-

(1) El «British Council», de Santiago, invitó no hace mucho, a una comida a un grupo de escritores chilenos. Durante esta comida se cambiaron ideas acerca de la mejor forma de activar el intercambio de obras inglesas y chilenas, y especialmente acerca de la traducción recíproca de estas obras. El señor Close, profesor de Literatura, dió lectura en esa ocasión al interesante trabajo sobre Literatura actual en Inglaterra.

ciendo una revolución intelectual del Renacimiento. Los escritores muchas veces no pueden analizar ni explicar estos cambios. Por eso, bajo la influencia de una honda inquietud moral e intelectual, tienen ganas de escribir, pero no saben qué decir. Dos interesantes ejemplos de esta perplejidad son la comedia «Too Good to be True», de George Bernard Shaw, en la cual los personajes, quizás más que en las otras comedias de Shaw, hablan y predicau interminablemente sin decir nada, y la novela «Eyeless in Gaza» de Aldous Huxley, tanto como las novelas de Huxley posteriores a «Eyeless in Gaza» en las que Huxley trata de expresarse en una filosofía constructiva, tentativa que ha resultado hasta ahora nada más que un fracaso patético. Esta falta de mensaje produce perplejidad a muchos de los críticos a este lado del Atlántico, quienes, a mi juicio, no reconocen debidamente que Inglaterra está pasando o ya ha pasado por una revolución, especialmente una revolución social, cuyos efectos han sido hasta ahora poco apreciados en las Américas. Repito que es difícil analizar y explicar esta revolución pero una tentativa interesante de explicarla ha sido hecha por Julian Huxley en sus ensayos recogidos en volumen bajo el título de «Living in a Revolution», obra que, aun incompleta y desde varios puntos de vista, poco satisfactoria, dará más o menos una idea de lo que pasa, y por esa razón valdría bien la pena de traducirla.

La inquietud de los escritores en presencia de esta perturbación es semejante a la irresolución, aún a la desesperación de los hombres en medio de un terremoto. Esto se ve muy claramente en la poesía de Thomas Stearns Eliot. Eliot es una figura sobresaliente en la poesía de los últimos veinte años pero es esencialmente el poeta de la desilusión. La lectura en sus obras da la impresión de estar vagando en la jungla, en las selvas primitivas del Africa. Su alma se ha desorientado en una jungla de palabras e ideas, de estudios pedantescos, de creencias místicas, de fuerzas misteriosas e inevitables. La impresión de estar en la jungla se acentúa por el ritmo misterioso y a veces primitivo de sus versos. El misticismo y la melancolía de Eliot y su escuela puede compararse con los de Jhon Donne, portavoz del misticismo y de la melancolía que sucedieron al gran esfuerzo creativo de los poetas isabelinos. La influencia del misticismo sensual de Donne ha sido muy considerable y se puede ver hasta en los títulos de las obras de Hemingway. Pero una comparación entre «Por quien doblan las campanas» y la magnífica oración donde Hemingway sacó estas palabras, es muy poco favorable a la literatura del presente siglo. La misma inquietud se ve también en la obra de Auden y Steph Spender, poetas más jóvenes que Eliot, pero de mucha influencia. Afortunadamente la tendencia de poetas como Auden y Spender, aunque ellos también están siempre preocupados por los acontecimientos so-

ciales y políticos, está dirigida hacia una forma de expresión mucho menos perpleja.

Pero hay que tomar en cuenta otra característica en la literatura inglesa moderna, característica mucho más permanente que esa inquietud que es, naturalmente, provisoria. Me refiero a esa actitud de salud mental que para los británicos siempre debe acompañar la salud física. Esta salud se encuentra más en la prosa pero hay también ejemplos muy interesantes en la poesía. Rudyard Kipling, es un escritor que parece ignorar los grandes trastornos de nuestra época. Sigue sencillamente una doctrina de acción, no la acción amoral que han predicado los filósofos como Nietzsche y Rosenberg, sino una acción motivada por las virtudes tradicionales del deber, la lealtad, la honradez. Es interesante notar que la influencia de Kipling sobre el pueblo británico ha sido más grande que la de cualquier otro poeta moderno. Comentarios sobre Kipling continúan saliendo de la prensa y de la pluma de escritores tan diferentes como el francés André Siegfred y Eliot mismo. No tengo tiempo ahora para explicar que Kipling es menos que, o en realidad no es, el profeta de la dominación del Imperio Británico tal como lo considera Lin Yu Tang en su última obra. El actual poeta laureado John Masefield es otro ejemplo de un poeta mentalmente demasiado robusto, para estar excesivamente preocupado por los cambios en un mundo que cambia siempre. Mientras que Lawrence Binyon, que murió el año pasado, nos ha dejado una línea

que expresa en forma muy hermosa la actitud del hombre sano pero sensible y benévolo hacia un mundo cruel, cuando dice: «Oh World be noble for her sake».

Al mismo tiempo encontramos, en una situación muy poco propicia para la poesía puramente lírica, una vena de lirismo excelente. Viene de la Irlanda, la cual, como nos ha mostrado muy bien la canción del señor Fuller, se expresa muchas veces en lirismo cuando los más prácticos ingleses no se atreven a cantar. Me refiero a la poesía de William Butler Yeats, cuya obra se destaca ahora quizás como la más poética de la literatura inglesa de las últimas décadas.

La preocupación por cambios sociales y morales se presenta con menos sensibilidad, por supuesto, pero con una vista mucho más amplia en las novelas. Ya se había presentado en las grandes novelas de Thomas Hardy, de George Moore y de Samuel Butler, cuyas obras, por lo tanto, pertenecen verdaderamente al siglo XX. Creo que todavía hay interés universal en el «The Way of All Flesh», de Samuel Butler, y el «Esther Waters», de George Moore. Mucho más grande es Thomas Hardy, quien en una prosa a veces demasiado ordinaria nos da una vista casi Homérica de la humanidad del hombre luchando contra su destino y contra las convenciones inadecuadas de la sociedad. Hay que notar que Hardy se retiró frente a la tempestad de crítica que produjeron las novelas en que había tratado de expresar fielmente los problemas que ya habían surgido en la mente de sus contemporáneos.

Wells es un ejemplo excelente del desorden, de la falta de estabilidad intelectual, en el hombre de la calle de esta época. Wells atribuye constantemente este desorden a una falta de planificación, especialmente en la educación. Su novela «Tono Bungay», nos presenta un hombre ordinario que sigue una carrera ilógica e infructuosa, un hombre como muchos otros y como Wells mismo, cuyos motivos son buenos pero cuya preparación para vivir en este mundo fué estúpida. Aun Galsworthy se ocupaba al principio de los problemas de la sociedad que encontraba. Una de sus primeras novelas, por ejemplo, «Island Pharisee», es la historia de un hombre muy inteligente, de buen corazón pero de clase social inferior, en conflicto con esta clase de gente que han alcanzado el éxito financiero y la respectabilidad. La parte más conocida de la obra de Galsworthy no sigue ese tema sino se limita a describir esa última clase social, esa «upper middle class», que había surgido de los ideales del siglo XIX, como demuestra muy bien el historiador Arthur Bryant en su obra «English Saga». Aldous Huxley en cambio, ha comentado la vida de círculos ricos intelectuales, gentes que parecen como «Eyeless in Gaza», sentados encima de un volcán, sabiéndolo perfectamente bien, pero no haciendo nada para evitar la catástrofe.

En los últimos años muchos novelistas han tratado de profundizar y de analizar la vida colectiva de sus vecinos, especialmente Cronin y Howard Spring. Cro-

nin, siendo médico, estaba en buena situación para describir toda clase de gente. Yo digo «estaba», porque posiblemente ha cesado de practicar su profesión médica y porque tengo la impresión de que su última obra (traducida al castellano bajo el título de «Las Llaves del Reino») refleja una tentativa de escaparse de los problemas sociales, que había discutido con tanta franqueza en sus novelas anteriores, y de perderse casi en un monasterio o en una China inventada por su imaginación. Howard Spring en cambio, sigue el combate con más valentía, y con un sentido de humor. A mi modo de ver la importancia de su última novela «Hard Facts», obra muy discutida en la prensa norteamericana, consiste en su vista de la sociedad de arriba abajo. Es de esperar que Howard Spring continuará su obra y que lo hará con más calma que se lo permite el ambiente de un país que vive bajo la amenaza constante de las bombas.

En la novela también esta inquietud tiene su contrapeso de habilidad. Ya hemos visto que Galsworthy cesó la lucha y se contenta con describir una clase tal como estaba sin preocuparse de asuntos más amplios. Arnold Bennett también se contenta con describir admirablemente caracteres de una región de Inglaterra que él conocía a fondo. Priestley, después de describir en sus novelas el hombre de la calle, o más bien el hombre en el restaurant popular, sigue haciéndolo en comedias excelentes. Priestley nos muestra el hombre que se preocupa únicamente de hacer bien la tarea del

día. el hombre que cultiva su jardín, el hombre, en breves palabras, que según él, salvó a Inglaterra en los días difíciles de 1940, sin otra filosofía que la de cumplir bien con su deber y cooperar con sus vecinos. E. M. Forster también ha evitado los grandes problemas sociales, dándonos unas pocas novelas como «*Howards End*» y «*A Passage to India*», en las cuales lo que importa más son las relaciones entre los hombres individuales que se encuentran tranquilamente en la vida.

Si los escritores no han podido siempre expresarse bien en poemas y novelas, han podido hacerlo en la forma literaria más limitada del ensayo. Por eso el siglo XX ya puede ofrecer una buena selección de ensayos incluyendo los de Aldous y Julian Huxley, de Virginia Woolf y de Robert Lynd. Lamentamos ver cómo Virginia Woolf que, como buena inglesa, podía suprimir perfectamente sus emociones en su obra literaria, se rindió por fin a la contemplación de los males de nuestra época tomando su propia vida.

Muy afortunadamente, y también muy típicamente, el genio británico ha podido producir un hombre que, viendo este estado de cosas ha podido burlarse de él. Eso es precisamente lo que ha hecho George Bernard Shaw. Su comedia «*Heartbreak House*», por ejemplo, como sugiere su título «la casa del corazón quebrado», tiene los elementos necesarios para hacer una verdadera tragedia, pero es una obra que hace al lector reírse a carcajadas del principio al fin. Afortunadamente Shaw

sigue aún a la edad de 88 años su bufonada. Bufonada que se ve inmediatamente en el título de su obra recién publicada «Everybody's Political What's What». Hay personas serias, quizás demasiado serias, que no tienen la paciencia para soportar a Shaw. Quizás a estas personas valdría la pena explicarles el sentido de humor inglés, o más bien, irlandés, que ha mantenido a los británicos sanos y calmados durante las pruebas más difíciles.

Para terminar esta reseña me cabe explicar que muchos grandes intelectuales durante las últimas décadas, quizás porque no han podido expresarse en novelas y poemas, nos han dado grandes obras literarias que, se podría decir, pertenecen más a las ciencias que a la literatura en el sentido restringido de la palabra. Un ejemplo sobresaliente es la «Rama de Oro» de Sir James Frazer, estudio colosal de las costumbres comparadas y sus orígenes. Hay también historias de primer orden, como las de Trevelyan, quien acaba de publicar una excelente historia de las Islas Británicas; Fisher, autor de una monumental historia de Europa, y Winston Churchill. Hay también obras de hombres de ciencias como Eddington y Lancelot Hogben y un sinnúmero de obras semejantes de indudable valor. Obras de la clase que está traduciendo el «Fondo de Cultura de México» y valdría bien la pena, yo creo, de difundir más en idioma español. No tengo tiempo ahora para hablar del asunto muy importante de la

forma literaria ni de la cuestión aun más importante a mi modo de ver, de los cambios que se están produciendo en el uso del lenguaje. Me doy cuenta que he omitido muchos otros asuntos, pero mi idea ha sido únicamente la de dar unas líneas generales acerca de la literatura inglesa del siglo XX.